

Edición de  
Dra. Mirian Pino  
Dra. Irene Audisio  
Mgtr. Ma. Trinidad Cornavaca



# **Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022**



# Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur

1970-2022

Mirian Pino  
Irene Audisio  
Ma. Trinidad Cornavaca  
Editoras

Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022  
Pilar Calveiro ... [et al.] ; Editado por Mirian Pino ; Irene Audisio ; Ma. Trinidad  
Cornavaca. - 1a ed - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de

Filosofía y Humanidades, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1807-2

1. Derechos Humanos. 2. Memoria. 3. Lenguaje. I. Calveiro, Pilar II. Pino, Mirian,  
ed. III. Audisio, Irene, ed. IV. Cornavaca, Ma. Trinidad, ed.  
CDD 323.0982



**Diseño de portadas:** Manuel Coll

**Diagramación y diseño de interiores:** Luis Sánchez Zárate

**Correctora de estilo:** Raquel Robles

**Imágenes:** Las ilustraciones contenidas en el presente volumen son creaciones de  
Laura Sosa y fueron cedidas por la artista para este libro.

2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

## **Humanidad residual en territorios-muladares: una advertencia sobre la impunidad en Nuestra Parte de Noche (Mariana Enríquez) y Tierra Amarilla (Germán Marín)**



Por Carlos Ruiz Figueroa<sup>1</sup>

**L**a presente lectura propone que en las novelas *Nuestra Parte de Noche* (2019) y *Tierra Amarilla* (2014) los personajes experimentan un proceso ruinante de humanidad residual, pues habitan zonas convertidas en “muladares” por actantes que abusan del poder político y económico. Esto se refleja en el terror fantástico y realismo grotesco, formas de horror político en sus respectivos contextos, Argentina y Chile. Así, ambas obras funcionan como advertencia ante la posibilidad de repetición de crímenes en la contemporaneidad, lo cual se verifica desde la conceptualización de las ruinas.

Quien alguna vez comenzó a abrir el abanico de la memoria no alcanza jamás el fin de sus segmentos; ninguna imagen lo satisface, porque ha descubierto que puede desplegarse y que la verdad reside entre sus pliegues (Benjamin, en Boym, 2001, p. 56).

Esta reflexión de apertura atisba esperanza a través de un estudio minucioso del pasado en función de las necesidades del presente, en donde el devenir histórico tiende al olvido. Boym destaca de Benjamin su método de una “arqueología del presente” para señalar el valor de la nostalgia como sentimiento productivo y prospectivo. Ernst Bloch concordaría en que la literatura de valor intelectual permite concebir “ventanitas utópicas” hacia el horizonte del porvenir. Las obras de Mariana Enríquez (1973) en Argentina, y de Germán Marín (1934–2019) en Chile poseen tales posibilidades, sin embargo, su atención no estará tanto en la esperanza como en la urgente “advertencia” de las tragedias sociopolíticas cuyo peligro de repetición se evidencia en su literatura contingente y controversial.

En Argentina, Enríquez ha sido reconocida por producir una literatura de la osadía, pues innova en géneros de terror, fantástico y

---

<sup>1</sup> Doctorado en Literatura Latinoamericana, Universidad de Concepción, Chile. carlos96zero@gmail.com

realismo grotesco –nutridos con recursos de intertextualidad, homenaje y reivindicación–, a la vez que critica los hechos sociopolíticos de las últimas décadas. Desde Chile, Marín produjo durante la segunda y última parte de su vida una prolífica y ácida literatura al servicio de la memoria, la nostalgia y la melancolía tras los acontecimientos políticos de la década de los 70. Su escritura, también producida en exilio, configura una urdimbre literaria que transgrede lo real desde la autoficción en sus aspectos más infames y grotescos, incluyendo historias familiares e individuales que son a un tiempo la sinécdoque de la historia nacional y su vorágine de procesos críticos. Si hay algo que permite analizar de manera conjunta a Enríquez y Marín, es la lúcida conciencia del horror político plasmado en el terror y ficción grotesca de sus narrativas.

En las novelas *Nuestra Parte de Noche* (2019) de Mariana Enríquez y *Tierra Amarilla* (2014) de Germán Marín los personajes experimentan un efecto ruïnante de “humanidad residual”, ya que son obligados a habitar lugares materialmente derruidos y éticamente corruptos por causa de experiencias históricas traumáticas de sus respectivos países. Así, ambas obras exponen zonas periféricas, aisladas de las leyes democráticas, lo que en consecuencia permite una proliferación de sistemas ideológicos malignos que buscan recuperar el poder de modelos dictatoriales. En tales contextos, los habitantes –vulnerables ante la violencia impuesta– se ven sometidos a la degradación de su experiencia vital, al ser anulados en sus derechos humanos y convertidos en instrumentos al servicio de los proyectos criminales de los antagonistas.

Ambas novelas son una aproximación a los estados arruinados de una sociedad. En base a la teoría de las ruinas –en donde destacan los pensadores George Simmel (2002), Joseba Zulaika (2006), Idelber Avelar (2000), entre otros– es factible sintetizar la noción de lo ruïnoso como un tropo de significaciones múltiples que se expande en la medida en que su estado de fragmentación permite la asimilación de alegorías (en el sentido benjaminiano de la palabra) para reflexionar de forma crítica sobre los restos históricos que permanecen –y resisten– en el presente inmediato y cuestionan el discurso oficial. Desde esta figura brotan conceptos afines a su campo semántico, tales como escombros, residuo o basura, que amplían las opciones

de reflexión. En el caso de las novelas, la idea metafórica de territorio-muladar es una posibilidad interpretativa que deriva de las múltiples significaciones del entramado ruinate que opera en ambas. Esta figuración, acontecida en espacios aislados de un poder regulador democrático y responsable, otorga el sentido de “muladar” a un sitio habitado a pesar de su condición de vertedero de desechos, lo cual se evidencia en las narrativas: Nuestra parte de noche, historia de escape y supervivencia, presenta a Juan y Gaspar –padre e hijo contra su linaje familiar, hegemónico y criminal– quienes luchan por apartarse de las tendencias perversas de su estirpe, la cual abusa de la dominación material; manipula las condiciones contextuales; corrompe aspectos socioculturales como creencias religiosas, prácticas rituales, torturas, sacrificios humanos, y domina de los cuerpos y vidas de las personas consideradas inferiores, lo cual nace de las disputas de poder como motivación vital de los antagonistas dentro de los contextos sociopolíticos en crisis.

Enríquez articula el terror fantástico de las sectas malignas como análogas al horror político de las últimas décadas del siglo XX. La novela muestra experiencias de vida de los personajes en más de una generación, desde 1960 hasta 1997, periodo de infancia y adultez de Juan, Rosario, Stephen, entre otros personajes, y también la infancia y adultez del hijo Gaspar y sus amistades. En ese amplio intervalo de años, la novela aborda sucesos grotescos, tales como crímenes sádicos de civiles y violaciones a los derechos humanos. Un caso se da en el espacio transitorio y exterior de la “carretera”, zona de subsistencia para quienes viven a la intemperie. Juan relata a Gaspar la historia de San Güesito, un niño pobre asesinado por unos borrachos. “Vivía en la calle [...] en realidad, [...] por la selva, cerca de la ruta. [...] no puedo explicarle que al Güesito lo violaron antes de matarlo. ¿Entre cuantos? [...] alguna gente hablaba de cinco, otros de diez” (Enríquez, 2019, p. 72). Relata para sí que habían mutilado su cuerpo, “habían usado su cabeza para rituales. Así lo encontraron, desangrado y sin cabeza al costado de la ruta, hacía más de veinte años” (p. 72). El escabroso relato evidencia cómo los espacios habitados en pobreza y vulnerabilidad –como zonas abiertas, selváticas o calles– se convierten en territorios de fatalidad y tragedia. En este caso, el crimen mórbido permite evocar las reflexiones de Avelar (2000) en cuanto

a la idea del cadáver como objeto emblemático de la ruina, que en consecuencia se carga de energía semántica de tal manera que su contemplación permite reflexiones profundas al devenir objeto alegórico por excelencia. Lo planteado implica que la observación del cuerpo en descomposición como alegoría ruinosa revela y expone la transitoriedad y lo efímero de la vida. Según señala Avelar, la mención al cadáver como reflexión alegórica es un recurso utilizado en escrituras de dictadura y posdictadura. En este sentido, se destaca que la propuesta narrativa de Enríquez posee –además de dicho crimen– una serie de visibilizaciones de lo explícito en cuanto a la producción de cadáveres causados por la crisis y el caos de periodos sociopolíticos inestables. De hecho, los antecedentes de la violación con resultado de muerte y posterior ritualización del cuerpo demuestran una manifestación abyecta de la barbarie y la bestialidad, lo que en palabras de Bataille (1959) corresponde a una articulación del mal como forma de transgresión de los límites antropológicos. El crimen acontece dos décadas antes de la narración, por ende, pudo ocurrir en alguna de las dictaduras previas que tuvo Argentina. Esto es relevante para el análisis, ya que los lugares descritos a lo largo de la novela poseen una contundente carga semántica de procesos ruinosos a causa del contexto dictatorial y posterior. Enríquez no duda en vincular constantemente la ficción sobrenatural a los episodios históricos de conflicto. A este respecto, Juan percibe, a través de sus sensibles dones sobrenaturales, la energía densa de los crímenes masivos perpetrados en la ciudad en 1978:

[...] no había sentido nunca algo así. [...] los ruegos y los alaridos y los disparos se hicieron insoportables, cuando lo rodeaban ecos de asesinados con los ojos vendados, los pies atados, algunos con la cara o el cuerpo entero hinchados, [...] se arrastraban encerrados en bolsas de arpillera, una legión que no conseguía hacer desaparecer. (Enríquez, 2019, pp. 88-89)

Esto demuestra que el contexto dictatorial distorsiona las características esenciales de la urbanidad como zona de progreso y habitación de resguardo, transfigurándola en un espacio de crueldad y degradación desbordada. Si bien el deterioro de estos lugares –“hogares” donde subsistir– no es necesariamente físico material,

alcanza de igual manera su condición ruinante por cuanto el espacio deviene sitio peligroso. Nelly Richard (2001) precisa que las zonas residuales corresponden a lugares en donde las significaciones simbólico-culturales han sido rechazadas por la razón social, es decir, espacios que pertenecen en general a la periferia, o que albergan formas de vida periférica para la convencionalidad de la sociedad. Según Richard, estas zonas son más visibles en etapa de posdictadura, pues ahí se contemplan con mayor reflexión los discursos menores, abandonados por el poder centralizado. En este caso, Juan percibe el proceso inmediato de lo que será años después la evocación crítica de las ruinas. Por ende, el protagonista asiste, involuntariamente, como espectador de la tortura violenta en donde se abren heridas lacerantes y profundas, las cuales permanecen sangrantes y expuestas además de ser transmitidas a través del grito agónico y desesperado de las víctimas. Esas heridas descarnadas serán las costras y cicatrices concebidas como ruinas.

En términos de Richard, comunidades e individuos que habitan en zonas cercanas a estas experiencias requieren pasar por un proceso de resignificación de sus formas de vida, lo cual les da el carácter de residual. Tras la experiencia traumática y violenta causada por la poderosa familia Bradford y Mathers, Juan y Gaspar reconfiguran sus identidades en seres humanos residuales que comparten prácticas similares a sus verdugos, puesto que el contexto de violencia los hace replicar tales conductas no tanto por una herencia de hábitos como por una necesidad de constante defensa y protección ante las agresiones. En ese proceso, Juan y Gaspar utilizan los mismos métodos de su familia, como la tortura, los rituales y el asesinato. No son héroes, son supervivientes, y aquella categoría los desenmarca de las estructuras convencionales de valores, ética y moral.

De forma similar, Tierra Amarilla de Germán Marín expone un proceso ruinoso de víctimas y escenarios contaminados por causa de los antagonistas. En la trama, un periodista viaja al Norte Chico de Chile a cubrir un reportaje sobre la presencia de un “monstruo”, el chupacabras, que está diezmando la producción agrícola y ganado. La verdad tras este mito local es la manipulación de Hans Stüven, ex militar que vive como empresario del sector, y acapara criminalmente recursos hídricos y zona fértil para agricultura en pleno desierto.

Desde las reflexiones de Piglia (1986) sobre las ficciones creadas por el Estado, el discurso del mito impone su verdad como lectura oficial de la historia para que el poder hegemónico pueda sostenerse. En la ficción, el Mayor sirvió a la dictadura de Pinochet en los años críticos, por ende, hereda la mentalidad criminal donde la manipulación discursiva, tortura y destrucción humana son medios válidos para alcanzar objetivos y gozar de su sadismo personal.

En la obra, los territorios de Tierra Amarilla, Las Talas y alrededores de Copiapó devienen muladares por la depredación de recursos por parte del ex militar, así como la contaminación ocasionada por las empresas mineras de la misma zona. La experiencia del protagonista evidencia la situación degradante del contexto y su consecuente efecto ruínante en los individuos con menor poder. Así, por ejemplo, el periodista percibe el desarraigo y abandono desde que llega al territorio: “[...] dejé el bolso del equipaje sobre la cama [...] escapé del sentimiento de orfandad que me provocan las piezas de hotel, sean éstas buenas o malas, a conocer el pueblo [...]” (Marín, 2014, p. 19). Esta apreciación marca un precedente en la manera de comprender la experiencia territorial del norte, ya que el lugar que debiese fungir como zona de resguardo es visto como un sitio de abandonos en el cual el personaje subsiste en calidad de huérfano, aquella percepción se mantiene en todo lugar de hospedaje. Dicha paradoja resulta ser la antesala del proceso ruínante que no solo despoja de cobijos al protagonista, sino que además lo daña hasta el riesgo de la aniquilación, pues cabe recordar que su episodio de secuestro y tortura lo convierte en un ser indefenso, que incluso es privado de las necesidades más elementales como el alimento, la hidratación y el acceso a baño.

El proceso ruínante del territorio muladar –y su correspondiente “desertificación de los cuerpos” como metáfora de la decadencia en los habitantes del sector– se observa incluso en la situación particular de los personajes Doña Isolina y Azúcar. Para la primera, quien vive como curandera en la zona de del Norte Chico, las opciones de vivienda son precarias y degradantes, pues tal como menciona el protagonista, la casa de aquella estaba: “[...] situada en la última calle de Tierra Amarilla, próxima a un cerro cubierto de materiales estériles que acumulaba el desecho de la fundición de cobre Paipote” (Marín, 2014, p. 89). Dicha descripción produce una idea inquietante.

tante sobre la incertidumbre de bienestar para la comunidad, pues la persona sanadora del lugar vive expuesta a los residuos nocivos de las empresas metalúrgicas, lo cual sugiere que las posibilidades de mejoría son constantemente aplacadas por la contaminación del entorno, y a su vez evidencia que el hogar de doña Isolina se fusiona al territorio de los residuos nocivos producidos en Tierra Amarilla. A este respecto, cabe recordar que la toxicidad ambiental está presente en cada rincón de los pueblos, lo que es descrito por el periodista cuando recuerda a las señoras de su vecindario que salían a barrer las aceras sucias por la contaminación del material particulado,

[...] de las mineras que, silenciosa como un veneno, caía como una lluvia seca todas las noches. La mayoría arrojaba [...] baldes de agua [...] a fin de evitar el polvillo [...], compuesto de restos de cobre, plomo y zinc, tras el uso de la escoba en un ritual doméstico que [...] era una práctica inútil contra las enfermedades. (Marín, 2014, p. 103)

Lo dicho revela que las zonas del Norte Chico devienen muladar en la medida en que sus condiciones ambientales han alcanzado un nivel de toxicidad irreversible, puesto que –en manos de los grupos hegemónicos antiéticos del sector– los pueblos son utilizados como fuentes de extracción y explotación de recursos, y a la vez fungen como espacios residuales en los desechos producidos por esos mismos procesos. En el transcurso de los acontecimientos se comprende que las corporalidades de los personajes también forman parte de aquellos restos contaminados. Asimismo, Azúcar, una prostituta y amante del protagonista durante su estadía en el Norte, es asesinada a causa de los conflictos criminales en la zona, y su cuerpo es encontrado en medio de los desechos de las mineras, lo que resignifica en su cadáver la idea de humanidad convertida en residuo, desecho, resto, como metáfora y evidencia de la impunidad criminal en términos políticos y económicos. Ambas novelas muestran, en términos de Sofsky (2006), sistemas impuestos a través de la violencia como estrategia de validación y permanencia. Pero la utilización de tales herramientas destructivas propicia a su vez un proceso ruinante desencadena que perpetúa el desequilibrio entre un grupo minoritario, selecto y elitista que devora a la mayoría en

masas de comunidades e individualidades sometidas al resultado de tales mecanismos.

## Conclusiones

En conclusión, las obras advierten, desde el terror fantástico y horror de realismo grotesco, una visión explícita de la memoria más descarnada en cuanto a sadismo y criminalidad en conflictos sociopolíticos que transgreden el límite de los derechos humanos, y retrotrae aquellos episodios de dolor histórico en ficcionalizaciones actualizadas en nuestra época, de tal manera que la empatía crítica despierte alarma en la contemporaneidad sobre la posible repetición de aquellos crímenes perpetrados. La humanidad residual es la forma de observar con mayor claridad –a pesar de las sensibilidades y susceptibilidades que pueda causar en los lectores– el imaginario crítico, ácido y recalcitrante en cuanto a lucidez reflexiva de las experiencias históricas de nuestros territorios latinoamericanos, y el “sacrificio ficcional” de las corporalidades literarias funge como tragedia narrativa que apela al entendimiento del receptor, tal como la ruina opera en la mente de quien la contempla. Así, las novelas facilitan –dentro de la dificultad de asimilación de la lectura por la brutalidad de lo narrado – la exposición de la advertencia de replicar situaciones políticas similares, y/o de descuidar los procesos democráticos a causa del olvido constante que la materialidad inmediata provoca en nuestras interacciones contemporáneas. De esta manera, las voces críticas de Enríquez y Marín se instalan en una experiencia escritural más radicalizada, en donde la osadía de sus imaginarios fractura la pasividad y enclaustramiento acomodaticio de los lectores y lectoras para abrir –a través de sus propuestas– vertientes reflexivas acorde a las necesidades y urgencias de las ruinas presentes en la sociedad y en la literatura.

## Referencias bibliográficas

- Avelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Bataille, G. (1959). *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus.
- Boym, S. (2001). *El futuro de la nostalgia*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Enríquez, M. (2019). *Nuestra parte de noche*. Santiago: Anagrama.
- Marín, G. (2014). *Tierra Amarilla*. Obtenido de: <https://www.lecturlandia.co/book/tierra-amarilla/>
- Piglia, R. (1986). *Crítica y Ficción*. Editorial digital.
- Richard, N. (2001). *Residuos y metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Simmel, G. (2002). *Sobre la aventura*. Barcelona: Ediciones 62.
- Sofsky, W. (2006). *Tratado sobre la violencia*. Madrid: Abada editores.
- Zulaika, J. (2006). "Las ruinas de la teoría y la teoría de las ruinas: sobre la conversión". *Revista de antropología social*, 15, pp. 173-192.